

Índice

PRESENTACIÓN	11
PRIMERA PARTE.	
Del Fin de Siglo a la Guerra Civil (1898-1939)	13
Tema 1 1898-1939. Larga marcha hacia la guerra	15
1. Del Antiguo Régimen al Estado moderno	16
2. El desastre del 98 y la crisis de la Restauración	20
3. La dictadura de Primo de Rivera y los nacionalismos perifé- ricos	23
4. Las (falsas) dos Españas: de la II República a la Guerra Civil	26
Tema 2 La Edad de Plata de la cultura española	29
1. Modernidad y modernismo en la Edad de Plata	29
2. Fin de Siglo y modernismo hispánico	32
2.1. El modernismo hispánico: Rubén Darío	34
2.2. Ramón M. ^a del Valle-Inclán	35
2.3. El modernismo hispánico en Cataluña	38
3. La cuestión de las generaciones	39
Tema 3 La generación del 98	41
1. Rasgos de la generación del 98	41
2. Miguel de Unamuno	44
3. Antonio Machado	46
3.1. Temas y estilo	52
3.2. Etapas en su carrera literaria	53

Tema 4	Entre el 98 y el 27	55
	1. La generación del 14 y la importancia de José Ortega y Gasset	56
	2. El <i>noucentisme</i> en Cataluña	58
	3. Las vanguardias en Europa y España	59
	3.1. Vanguardias de ámbito internacional	60
	3.2. Vanguardias literarias en España	62
	4. Ramón Gómez de la Serna	63
	5. Juan Ramón Jiménez	65
Tema 5	La generación del 27	69
	1. Rasgos de la generación del 27	69
	2. ¿Dos tendencias poéticas?	73
	2.1. Pedro Salinas	74
	2.2. Federico García Lorca	75
	3. Las Sinsombrero	80
Tema 6	Fin de la modernidad: literatura de guerra y del exilio	83
	1. Literatura de guerra: Miguel Hernández	83
	2. Literatura del exilio	88
	2.1. Poesía: León Felipe	89
	2.2. Narrativa: Ramón J. Sender	91
	2.3. Teatro: Max Aub	93
SEGUNDA PARTE.		
	España durante el franquismo (1939-1975)	95
Tema 7	La dictadura de Francisco Franco	97
	1. Política y sociedad de la dictadura	98
	2. Condiciones de censura para las artes y la literatura	100
	3. ¿Páramo cultural? en la España franquista	102
Tema 8	Literatura de la inmediata posguerra: años 40	105
	1. El auge del tremendismo en la novela	107
	1.1. Camilo José Cela	108
	2. Poesía arraigada y desarraigada	110

2.1. Blas de Otero	112
3. Situación del teatro antes y después de la Guerra Civil: de la revolución al absurdo	113
3.1. Enrique Jardiel Poncela	115
Tema 9 Neorrealismo frente a experimentalismo: años 50 y 60	117
1. Neorrealismo, existencialismo y el compromiso de la literatura	118
2. Experimentación literaria neovanguardista	121
3. La novela de Miguel Delibes: del neorrealismo a la experimentación	123
4. Gloria Fuertes: postismo, poesía social y poeta de los niños	125
5. Antonio Buero Vallejo: el posibilismo en el teatro	128
TERCERA PARTE.	
España en democracia (desde 1975)	131
Tema 10 Reconstrucción de la modernidad en España	133
1. El difícil equilibrio de la Transición: la Constitución de 1978	133
2. Consolidación de España en los años 80: la Movida y el ingreso en la UE	137
3. Un avance condicionado por las crisis	138
4. Francisco Umbral: retrato literario de España	141
Tema 11 Posmodernidad, cultura de masas y el boom de la novela en literatura	145
1. La posmodernidad y la sociedad de masas	145
2. El <i>boom</i> de la novela en el marco de la cultura de masas	147
2.1. Géneros narrativos de masas: entre el desprestigio y la revalorización	148
2.1.1. Novela histórica	148
2.1.2. Novela de memoria histórica	149
2.1.3. Novela negra, de misterio y de fantasía	151
2.1.4. Narrativas en línea y transmedia	153
2.2. La generación X y el realismo sucio	155
2.2.1. Lucía Etxebarria	157
3. Almudena Grandes	158

Tema 12 Situación de la poesía y el teatro en la sociedad posmoderna	161
1. Reordenación jerárquica de los géneros y reformulación posmoderna de la poesía y el teatro	161
2. Génesis y evolución de la poesía posmoderna	162
2.1. Los novísimos y el culturalismo pop	164
2.2. El papel de la música en la poesía posmoderna: Joaquín Sabina	165
2.3. Mujeres en la poesía de la era digital	168
3. La poesía de la experiencia: Luis García Montero	170
4. Del texto al espectáculo en el teatro	172
4.1. Teatro <i>de texto</i>	173
4.2. Teatro posdramático	174
4.3. Teatro español creado por mujeres	176

CUARTA PARTE.

Comentario de textos literarios	177
1. Disfrutar, entender y comentar un texto literario	179
2. Figuras retóricas	184
2.1. Tropos: figuras de sustitución por asociación de ideas	185
2.2. Figuras de dicción y repetición	189
2.3. Juegos de palabras y conceptos	191
3. Modelos de comentario de texto	192
3.1. Comentario de «Caminante, son tus huellas [...]», de Antonio Machado	193
3.2. Comentario de <i>La casa de Bernarda Alba</i> , de Federico García Lorca	196
3.3. Comentario de «Habitación 219», de Luis García Montero	200
3.4. Comentario de <i>Amor, curiosidad, prozac y dudas</i> , de Lucía Etxebarria	203

NOTA BIBLIOGRÁFICA

1. Historia de la literatura española y teoría de la literatura	210
2. Otros recursos de acceso fácil a la literatura	211

Tema 1

1898-1939.

Larga marcha hacia la guerra

Aunque la fecha de 1898 se usa aquí como punto de partida de la historia literaria que se va a estudiar en este libro, hay que tomarla con cuidado. Por un lado, da nombre a la generación del 98 —Unamuno, Baroja, Machado, entre otros—, pero esto no supone que se haya terminado el realismo anterior; de hecho, Benito Pérez Galdós, el novelista realista más importante de España, siguió escribiendo hasta su muerte en 1920 y fue conocido y admirado por algunos escritores del 98. Por otro lado, 1898 no coincide ni con el último año del siglo XIX, ni con el primero del siglo XX, lo que indica que la división entre dos épocas no es redonda, ni depende simplemente de un número, sino de otros factores complejos; en este caso, se trata del año en que España perdió las últimas colonias de ultramar —Cuba, Puerto Rico y Filipinas—, con la consiguiente crisis que produjo en el país. Además, un acontecimiento de este tipo no permite hacer borrón y cuenta nueva con lo anterior. Es decir, los sucesos de 1898 sirven para delimitar un periodo, pero esa fecha es el resultado de un pasado anterior y sienta las bases de lo que viene después.

Todo esto es pertinente en relación con la Guerra Civil, uno de los episodios más trágicos de la historia reciente de España, que sigue tan presente en la sociedad y política actuales. En 2019 era todavía un debate candente, a tenor de la exhumación del cadáver del dictador Francisco Franco, enterrado desde 1975 en el Valle de los Caídos, el monumento que se construyó durante los años 40 y 50 con mano de obra de prisioneros de guerra y que pretendía ser un homenaje a los fallecidos de la Guerra Civil. Por su parte, aun cuando este conflicto bélico estalló en 1936, los factores detonantes no fueron solo las trifulcas políticas, económicas y sociales de los años inmediatamente anteriores, sino que hay que considerar una cadena de acontecimientos que se remontan a principios del siglo XIX. Por eso, los años de 1898-1939 quedan definidos en este libro como una larga marcha hacia la guerra, parafraseando el título de la novela del célebre escritor valenciano Rafael Chirbes, *La larga marcha* (1996),

en la que se cuentan las historias de varias familias, desde la Guerra Civil hasta la actual democracia.

1. DEL ANTIGUO RÉGIMEN AL ESTADO MODERNO

La Revolución Francesa (1789), además de poner a Europa patas arriba, dio pie al paulatino desmoronamiento del Antiguo Régimen. En este sistema, la sociedad estaba dividida en estamentos —nobleza, clero y pueblo llano—, que eran, como su nombre indica, compartimentos estancos, es decir, inamovibles, de modo que el individuo pertenecía a uno de ellos por nacimiento, sin opción de cambio. Según este organigrama, el poder, por imperativo divino, estaba en manos del Monarca, quien lo delegaba en la nobleza, para los asuntos terrenales, y en el clero, para las cuestiones de Dios, quedando el pueblo a expensas de las decisiones de los anteriores.

Con la Revolución Francesa, se da paso al Estado moderno, sobre los principios del liberalismo. En vez de súbditos, los individuos pasan a ser ciudadanos con derechos y se agrupan en nuevas clases sociales, como la burguesía y el proletariado, en el marco de la llamada revolución industrial, que desbanca a la anterior economía agrícola y ganadera, dominada por nobleza y clero. Esta industrialización tiene su eje central en las ciudades, de ahí el nombre de la burguesía (de *burgo*, que significa «ciudad»). Mientras se consolida la burguesía como la clase económica que desarrolla y gestiona la industria, nace y se expande la clase obrera, que trabaja en las fábricas.

Las clases sociales, a diferencia de los estamentos, son abiertas, y se presupone que se puede ascender de una a otra de acuerdo con los principios de esfuerzo y mérito, bajo la premisa de la libertad individual. Todo esto atenta drásticamente contra los privilegios de la nobleza y el clero, y socaba el concepto mismo de la Monarquía: si ya no se pertenece a los grupos de poder por nacimiento de manera inamovible, entonces el poder deben detentarlo los individuos más valiosos. Para garantizar este principio, el Estado moderno abre la puerta a la división de poderes, para evitar la tiranía y defender los derechos individuales, y reivindica el laicismo, en el sentido de separar la religión del poder político, para acabar con el apoyo divino del Monarca.

Aunque el impacto de la Revolución Francesa fue amplio, el Estado moderno no se impuso de golpe ni de manera completa desde el principio, sino que hubo una sucesión de avances y retrocesos, en tensión con los partidarios del Antiguo Régimen. A lo largo del siglo XIX, fueron necesarias varias revoluciones, que en Europa se agrupan en tres oleadas, en torno a 1820, 1830 y 1848. Estas reciben el nombre de revoluciones liberales burguesas, porque se basaron

en los principios del liberalismo bajo el liderazgo de la burguesía. En la historia de estas revoluciones, sus propios impulsores propiciaron retrocesos. Así, Napoleón Bonaparte, que fue un actor fundamental en la Revolución Francesa y contribuyó a la instauración de la república en Francia, terminó por restaurar el sistema monárquico del Antiguo Régimen, proclamándose a sí mismo emperador y consolidando toda una dinastía de regentes con el apellido Bonaparte.

El liderazgo detentado por la burguesía en las revoluciones del siglo XIX fue aprovechado en beneficio propio, desatendiendo las necesidades de la clase obrera, cada vez más amplia y empobrecida, conforme se desarrollaba la industrialización en ciudades cada vez más grandes. De hecho, fueron frecuentes las alianzas e incluso matrimonios de conveniencia entre la burguesía más rica, o alta burguesía, deseosa de alcanzar prestigio social, con la nobleza, necesitada de dinero, por la incapacidad para adaptarse al nuevo modelo económico de tipo industrial. Por eso, surgieron los movimientos obreros, como el socialismo de Karl Marx y Friedrich Engels o el anarquismo de Mijaíl Bakunin, que proponían políticas para hacer llegar los logros alcanzados por la burguesía hasta el proletariado, e, incluso, encontrar formas de organización social con mayor grado de igualdad y justicia, distintas tanto del Antiguo Régimen, como del liberalismo.

En todo este proceso de desarticulación del Antiguo Régimen, por vía liberal o proletaria, fue clave la consolidación de la democracia, que, como herramienta de organización política, permitía extender el poder entre espectros cada vez más amplios de la sociedad, a través del sufragio, es decir, el voto. Aunque en el siglo XIX el voto estaba restringido enormemente en Europa, hacia principios del siglo XX ya se había consolidado el **sufragio universal**, primero de manera parcial (a todos los hombres mayores de edad) y, luego, de manera plena (a hombres y mujeres).

El sufragio universal en Europa

Finlandia fue el primer país europeo en aprobar el sufragio universal pleno, en 1906. Francia, por efecto de la revolución de 1789, fue un país pionero en el sufragio universal masculino (1792), si bien el sufragio universal pleno no se aprobó hasta 1944, en los estertores de la II Guerra Mundial. En Reino Unido, cuyo sistema de representación parlamentaria es anterior a la Revolución Francesa, el sufragio universal de hombres y mujeres llegó en 1928. Por lo que respecta a España, hubo un primer intento de sufragio universal masculino en 1869, si bien no se consolidó hasta 1890, y el sufragio universal pleno se aprobó en 1933, durante la II República, pero toda forma de voto quedó suspendida poco después, durante el franquismo, hasta 1975.

La Revolución Rusa de 1917, con la implantación del comunismo, puede considerarse una culminación del proceso de desmembración del Antiguo Régimen, a pesar de los problemas que posteriormente generaría. Del mismo modo, la I Guerra Mundial, siendo un conflicto muy complejo propulsado por una gran cantidad de factores, en buena medida es el resultado del **desmoronamiento del Antiguo Régimen** en Europa. No en balde, la Revolución Rusa tuvo lugar durante la I Guerra Mundial, y, tras los casi cinco años de enfrentamiento bélico, se produjeron cambios importantes en la sociedad, propios del Estado moderno, como la incorporación de la mujer al mercado laboral.

La serie de televisión *Downton Abbey*

La serie británica de televisión *Downton Abbey*, emitida entre 2010 y 2015, fue un fenómeno cultural, con índices de audiencia de más de veinte millones de espectadores en el Reino Unido, según el periódico *The Mirror*, y con éxito parecido en otros países. A lo largo de seis temporadas, se relata la vida de una familia aristocrática a partir del hundimiento del Titanic (14 y 15 de abril de 1912), mostrando el fin del Antiguo Régimen y, en particular, el papel que tuvo en ello la I Guerra Mundial.

España no fue ajena a esta transformación, que sirve para explicar algunas interpretaciones erróneas de la historia. A pesar de su nombre, la Guerra de la Independencia (1808-1814) —tan bien retratada por Francisco de Goya en cuadros, como *El 2 de mayo en Madrid* y *Los fusilamientos del 3 de mayo* (1814)— no fue una guerra de España contra Francia para acabar con un enemigo invasor externo. Ciertamente, Napoleón aprovechó la inestabilidad de la casa real española durante el reinado de Carlos IV para invadir España. Sin embargo, Napoleón en buena medida buscaba imponer en España (y otras partes de Europa, como Italia) los valores liberales y un ejercicio de modernización necesario para el país. Por eso, en España los llamados afrancesados apoyaron a Napoleón. Paralelamente, hubo otros intelectuales de carácter liberal que prefirieron llevar a cabo la construcción del Estado moderno sin la intervención francesa, organizándose, para ello, durante la Guerra de la Independencia, en las Cortes de Cádiz, de las que salió la primera Constitución nacional en 1812, conocida popularmente como la Pepa, porque fue aprobada el día de San José. Por último, en España estaba el grupo no poco numeroso de partidarios del Antiguo Régimen, opuesto tanto a Napoleón, como a las pretensiones de los liberales de Cádiz. Desde este punto de vista, la Guerra de la Independencia debe considerarse, en realidad, una guerra civil, que enfrentó a tres bandos de españoles.



► *Los fusilamientos del 3 de mayo* (1814), de Francisco de Goya.

Desde entonces, el siglo XIX en España, como en Europa, se caracterizó por un proceso de avances y retrocesos en la construcción del Estado moderno. Así, hubo revoluciones semejantes a las europeas, destacando La Gloriosa en 1868. Tras un período de gran inestabilidad, que supuso la expulsión de la dinastía borbónica y requirió coronar durante escaso tiempo a un monarca extranjero —Amadeo I de Saboya (1871-1873)—, esta revolución terminó con la proclamación de la I República, de duración aún más corta (1873-1874).

Como contrapunto de los avances que llegaron mediante estas revoluciones, cabe hablar de las guerras carlistas. El reinado de Fernando VII tras la Guerra de la Independencia fue tiránico y cruel, provocando varias generaciones de exiliados en el extranjero. Sin embargo, poco a poco el rey se vio obligado a ceder ante las reivindicaciones liberales. Por eso, el príncipe Carlos, hermano de Fernando VII, se confabuló para hacerse con el trono, argumentando que él podría derrocar el giro liberal y reforzar la monarquía absoluta y los valores del Antiguo Régimen. Para evitarlo, Fernando VII cambió la ley de sucesión,

permitiendo que las mujeres pudieran ser reinas en España y garantizando con ello que su hija Isabel pudiera heredar la corona. A la muerte de Fernando VII, el príncipe Carlos, alegando que ese cambio en los principios de sucesión atentaba contra la legalidad y, más aún, contra las disposiciones divinas sobre la Monarquía, se consideró a sí mismo el rey legítimo de España, provocando un cisma de consecuencias abismales.

Isabel II logró ser reconocida como reina de España, lo que garantizó el mantenimiento del proyecto de Estado moderno, a pesar de sus muchas limitaciones. Por su parte, el príncipe Carlos inició una dura oposición, que se perpetuó durante muchos años y con diferentes herederos, dando lugar al carlismo, que reunía a los férreos defensores del Antiguo Régimen, bajo el lema de «Dios, Patria, Fueros y Rey». Por su enfrentamiento al Estado moderno, se produjeron tres larguísimas guerras carlistas (1833-1840, 1846-1849 y 1872-1876). Si bien es verdad que se concentraron en los territorios del noreste de la Península, sin extenderse al resto de España, se trató de guerras civiles, porque enfrentaban a una parte de la sociedad contra la otra.

La construcción del Estado moderno en España, por tanto, fue muy problemática, y la estructura institucional siempre estuvo muy debilitada. Aparte de los envites carlistas, dentro del Estado moderno español hubo divisiones cruentas, entre los partidos liberales conservadores (o, simplemente, conservadores) y los partidos liberales progresistas (o, simplemente, liberales), con especial relevancia de dos políticos: el conservador Antonio Cánovas del Castillo y el liberal Práxedes Sagasta. Además, la cada vez más bochornosa situación de las clases obreras fue abriendo paso a partidos de izquierda proletaria, con la fundación del Partido Socialista Obrero Español en 1879, de la mano de Pablo Iglesias, fiel a la ideología marxista. Esto hacía que la actividad política fuera muy virulenta, y, por ejemplo, Cánovas del Castillo murió asesinado en 1897, en un atentado perpetrado por el anarquista italiano Michele Angiolillo.

2. EL DESASTRE DEL 98 Y LA CRISIS DE LA RESTAURACIÓN

El escaso éxito de la I República se resolvió con la restauración de la dinastía borbónica en 1874, lo que se conoce, por antonomasia, como la Restauración y que logró uno de los periodos de mayor estabilidad política y social, después de años de guerras y conflictos. El artífice de la nueva arquitectura institucional no fue el nuevo rey, Alfonso XII, sino Antonio Cánovas del Castillo, líder del Partido Conservador, con el apoyo, a pesar de ser rivales, de Práxedes Sagasta, líder del Partido Liberal. Tras la aprobación de una nueva

Constitución en 1876, se consolidó la división de poderes —Legislativo, Ejecutivo y Judicial—, el sistema de dos cámaras —Parlamento y Senado— y un método electoral estable, todo lo cual se mantuvo hasta 1931. Ahora bien, esta estabilidad, aunque larga, fue muy relativa, porque no hizo sino esconder los problemas heredados, a veces mediante estrategias que los agravaron, o bien porque generó otros nuevos.

Lo que más duramente golpeó los pilares de la Restauración fue el llamado desastre del 98. Desde finales del siglo XV, España había construido un imperio en el que «nunca se pone el sol», según cita atribuida a Felipe II en siglo XVI, partiendo de la idea de que sus tierras se extendían de punta a punta del globo, de América a Asia. Durante siglos, por tanto, España fue una gran potencia, pero, de repente, en 1898, se hizo evidente que era un país muy a la cola del mundo. Estados Unidos, interesada en comerciar con el azúcar de Cuba sin los aranceles que imponía España, ofreció comprar la isla. Los políticos españoles, confiados en su pasado imperial, se negaron, y fueron a una guerra que España perdió por goleada, con la consecuencia de que pasó a manos de EE UU, no solo Cuba, sino también Puerto Rico y Filipinas, sin la compensación económica originalmente ofrecida.

Aunque la pérdida de las colonias fue un acontecimiento dramático y tuvo, por ello, un enorme peso simbólico, no era más que la punta del iceberg de una crisis con muchos frentes abiertos. Durante el primer tercio del siglo XX, España se enfrentó a otros conflictos bélicos internacionales, entre los que destacó la Guerra del Rif o Segunda Guerra de Marruecos (1911-1927). Además de los estragos que una guerra tan larga pudo tener en la moral nacional, era especialmente problemática la situación por la cual las clases desfavorecidas se veían obligadas a servir en el ejército, mientras las clases adineradas se libraban del servicio militar. Esta situación fue el desencadenante de la Semana Trágica en Barcelona y otras partes de Cataluña en 1909: una sucesión de protestas populares y sindicales que terminó con la muerte de decenas de personas y cientos de heridos. Asimismo, a principios de siglo las dificultades económicas eran especialmente virulentas entre las clases desfavorecidas, lo que provocó, por ejemplo, una turbulenta huelga general revolucionaria en 1917.

Por su parte, la estabilidad institucional lograda por el sistema electoral estaba marcada por la corrupción. La Restauración había conseguido la paz política mediante el *turnismo político*: la alternancia en el Gobierno entre los dos principales partidos —Conservador y Liberal—, en períodos más o menos equivalentes de tiempo. Sin embargo, para ello, las elecciones, aunque se regían por una ley de sufragio libre y bastante amplio —todavía no universal—, en la

práctica estaban manipuladas: los partidos acordaban de antemano quién debía ganar en cada convocatoria y aplicaban luego diversas tácticas para amañar los resultados. La consecuencia de este sistema fue la creación de una red clientelar de favores y corrupción, que fue minando la moral de la población, hastiada de coacciones y de no ver resultados en sus vidas cotidianas. Era inevitable, por tanto, que, conforme avanzaba el siglo XX, el bipartidismo original se fuera resquebrajando, dando acceso en las Cortes a partidos que ponían en cuestión el régimen político de 1876, como republicanos y socialistas. La indignación que causó en este sistema se reflejó en un libro fundamental de Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo* (1901).

Pucherazos y caciques

Se llama *pucherazos* a los diversos tipos de manipulaciones de los resultados electorales durante la época de la Restauración, como, por ejemplo, hacer votar a los muertos. Por extensión, hoy se sigue llamando así a este tipo de prácticas, si bien están prohibidas por la ley. Durante la Restauración, un método frecuente, que es precisamente en el que se basa el nombre de *pucherazo*, consistía en guardar papeletas de votación en pucheros, añadiéndolos o sustrayéndolos de las urnas electorales a conveniencia del resultado deseado. Este tipo de métodos eran no violentos. Más agresivas eran las manipulaciones por coacción a los electores, ejercidas a través de los caciques. Los caciques eran los líderes políticos de las provincias y, por lo general, terratenientes ricos de los que dependían contratos y puestos de trabajo; de este modo, podían forzar el voto de las gentes, según las órdenes recibidas de sus respectivos partidos.

A todo esto, hay que añadir las repercusiones de I Guerra Mundial. Aunque España fue neutral y no intervino, el debate ideológico se hizo notar, dividiendo a la sociedad entre, por un lado, los partidarios de las llamadas potencias aliadas (aliadófilos), lideradas por Francia, Reino Unido, Rusia y, al final, EE UU, y, por otro, quienes apoyaban al Imperio alemán, Austria-Hungría e Italia (germanófilos). En el fondo, este debate en España era una continuación del proceso de desmembración del Antiguo Régimen, reduciendo los tres bandos de la Guerra de la Independencia (afrancesados, liberales y reaccionarios) a dos: los aliadófilos, que, siguiendo los modelos francés y anglosajón, estaban del lado del Estado moderno, frente a los germanófilos, que, añorantes del antiguo imperio español, veían en lo alemán el resurgir de los valores del Antiguo Régimen. Esta polarización afectó enormemente a la paz social, si bien la intelectualidad fue mayoritariamente aliadófila.

La historia se repite

La historia siempre sirve para comprender el presente, y, salvando las diferencias propias del paso del tiempo, esto a veces produce la sensación de que todo se repite. El sistema político, económico y social a principios del siglo XX era el resultado de una constitución de finales del XIX (1876), mientras que hoy, en el siglo XXI, la democracia se basa en una constitución de finales del siglo XX (1978). Entonces, la corrupción política asociada al *establishment* constitucional se llamaba oligarquía y caciquismo, mientras que hoy se habla de casta. Como consecuencia del sentimiento popular de hastío ante la corrupción, los dos partidos (Liberal y Conservador) que dominaban el panorama político a principios del siglo XX fueron perdiendo poder ante el nacimiento o desarrollo de otros, especialmente el PSOE de Pablo Iglesias (de carácter obrero), el Partido Radical de Alejandro Leroux (de carácter liberal reformista) y la Falange (extrema derecha). En la actualidad, los dos principales partidos son PSOE y Partido Popular, que, a partir de la década de 2010, empezaron a ver mermado su poder ante nuevas formaciones, como Vox (extrema derecha), Ciudadanos (de carácter liberal reformista) y Podemos (heredero de la izquierda obrera y fundado, para mayor casualidad, por un político que se llama también Pablo Iglesias).

3. LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA Y LOS NACIONALISMOS PERIFÉRICOS

A pesar de la división conflictiva entre aliadófilos y germanófilos, la I Guerra Mundial trajo a España cosas positivas. Gracias a su neutralidad, España pudo comerciar con los países en conflicto, lo que repercutió en cierta mejora económica. Al terminar la guerra, en Europa y América se vivió un ciclo económico boyante, que también se hizo notar en España. Esto repercutió en el desarrollo de las ciudades, que cambiaron su topografía con el metro y el tranvía, y se dio pie a un tipo de vida distendida, con gustos estéticos modernos y refinados, que permite hablar de la década posterior a la I Guerra Mundial como los **felices años 20**. En España, este período coincide con el fin de la Guerra del Rif, lo que contribuyó a aplacar el descontento social derivado de las levas de soldados. Sin embargo, los problemas seguían arreciando.

En el siglo XIX, el nacionalismo se desarrolló en toda Europa, al amparo del Romanticismo, como una estrategia para la construcción del Estado moderno: frente a la legitimación divina del poder del monarca, la nación otorgaba a los ciudadanos derechos en virtud de una historia, una lengua y una cultura. Esta idea, que sirvió para consolidar los Estados-nación europeos, a finales del siglo XIX es asumida por territorios más pequeños, dando lugar a

reivindicaciones identitarias y, en ocasiones, separatistas. En España, fueron tres los territorios donde la llama nacionalista ardió con más fuerza: País Vasco, Cataluña y Galicia. Esto dio lugar a movimientos culturales de carácter, en buena medida, neorromántico, como la *Renaixença* en Cataluña, pero, a comienzos del siglo XX, entraban en juego otros factores que repercutieron en el terreno político y económico, convirtiéndose en motivo de inestabilidad.

Felices años 20

Los felices años 20 han dejado para la posteridad imágenes icónicas. Como símbolo de la bonanza económica, en EEUU la fábrica de Henry Ford consiguió revolucionar la industria del automóvil mediante la producción en serie, de modo que este medio de transporte se extendió por las ciudades, contribuyendo a la transformación de la topografía urbana. Además, el impacto de los felices 20 se notó mucho en el tiempo libre. Surgieron modas de decoración y ropa populares, siendo particularmente icónica la imagen de la mujer sin sombrero, con pelo a lo *garçon* y que fuma en boquilla larga, que, por lo demás, constituía un desafío al modelo tradicional femenino. Proliferaron, también, las salas de espectáculos y fiestas, como el cabaret, que ha sido retratado en obras literarias y cinematográficas. El *Moulin Rouge*, que abrió sus puertas en 1889, sigue hoy en activo en París y ha inspirado, por ejemplo, la película del mismo nombre de Baz Luhrmann (2001), con Nicole Kidman y Ewan McGregor. En 1972, el film *Cabaret* (1972), de Bob Fosse, se ambientaba, precisamente, en la Alemania de los años 20.

Como ocurrió con otras cuestiones, este problema pasó a ser fagocitado dentro del proceso de construcción del Estado moderno. Por un lado, los herederos del Antiguo Régimen o defensores de los valores asociados al mismo veían en estos movimientos nacionalistas periféricos un atentado contra la integridad del territorio matriz del antiguo imperio español en la Península ibérica. En el otro lado, en cambio, se debatía sobre cómo adecuar dentro de la arquitectura territorial del nuevo Estado unas pretensiones políticas que podían resultar contrarias a la modernidad, toda vez que, por ejemplo, el nacionalismo vasco se basaba en la defensa de los fueros medievales, los mismos del lema carlista.

Así las cosas, sale a relucir la figura de Miguel Primo de Rivera. Este militar de Jerez de la Frontera estuvo al frente de la campaña del Rif entre 1924 y 1927, cosechando grandes éxitos, que le hicieron ganarse la admiración de espectros amplios de la sociedad. Al acabar su estancia en Marruecos, desarrolló un discurso muy exitoso para superar lo que se presentaba como una crisis ininterrumpida desde el desastre del 98, agravada por el conflicto territorial con Cataluña. Primo de Rivera pretendía hacer de su discurso algo apolítico, basado supuestamente solo en el regeneracionismo: acabar con la corrupción de la oli-

garquía y el caciquismo, e implementar medidas económicas que robustecieran al país y beneficiaran a todas las clases sociales, especialmente las empobrecidas. Por eso, y debido a que el parlamento estaba cada vez más fragmentado por la presencia de nuevas fuerzas políticas, muchas de ellas antimonárquicas, el rey Alfonso XIII le dio autorización para dar un golpe de Estado en 1923 e imponer una dictadura, pretendidamente provisional, hasta acabar con la corrupción, fortalecer la economía y garantizar la unidad del país.

En realidad, los valores de Primo de Rivera eran herederos del Antiguo Régimen, como demuestra el lema adoptado, de resonancias carlistas: «Patria, Religión y Monarquía». Con todo, por el cariz regeneracionista, Primo de Rivera fue recibido en principio positivamente, tanto por la sociedad en su conjunto, como por los intelectuales y políticos que eran partidarios de la modernización del país. De hecho, en esa época, marcada por un profundo intervencionismo económico, tuvieron lugar hitos importantes, como la creación de la gasolinera CAMPSA en 1927, con la que se nacionalizó y monopolizó la producción de petróleo en España (de ahí el acrónimo: Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos Sociedad Anónima). Sin embargo, las medidas adoptadas no terminaron de alcanzar los logros prometidos, ni en temas de corrupción, ni en economía, ni en las regiones periféricas como Cataluña, y hubo episodios de represión de gran impacto social, como el destierro de Miguel de Unamuno en 1924, por sus críticas al régimen. Al final, la sociedad se volvió en contra y se responsabilizó al rey por haber permitido, en primer lugar, el golpe de Estado. A la vez, se cernió sobre Occidente una cruenta crisis económica, tras el **crac del 29**.

El crac del 29

Después de una década de felices años 20, en los que la economía creció exponencialmente, el jueves 29 de octubre de 1929, la Bolsa de Nueva York, tras años de especulación financiera, pero de manera completamente inesperada, cayó en picado, provocando una tremenda crisis, que contaminó a prácticamente todos los países occidentales en América y Europa, con consecuencias no poco menos serias en el resto del mundo. Ese jueves, las pérdidas derivadas de la bajada de acciones fueron tan pronunciadas, con resultados especialmente graves en la banca y en los ahorros de cientos de miles de familias, que provocó una demoledora cadena de suicidios entre corredores de bolsa, banqueros e inversores de varia índole; desde entonces, se conoce ese día como el Jueves Negro. Se pusieron así las bases para una crisis económica que se conoce como La Gran Depresión. De nuevo, las similitudes con el presente son llamativas, ya que, tras una década de bonanza económica, la caída del banco Lehman Brothers en 2008, aunque no provocó escenas de suicidios, dio pie a La Gran Recesión, una crisis cuyo nombre se hace eco de la del 29.